

Natural de estos Reinos, que eran Patria de sus Hijos, i haver vivido en ellos tanto tiempo. Esto dió motivo à reusar las ofertas, que otros Principes le havian hecho, como refiere en vna Carta suya, à los Reyes, donde dice: *Por servir à V.V. Altezas no he querido empeñarme con Francia, Inglaterra, ni Portugal, como lo verán V.V. Altezas por las Cartas de sus Principes, que están en poder de Villarán.*

CAPITULO XIII. *Como el Almirante bolvió al Campo de Santa Fè, y no habiendo conseguido nada de los Reyes Catolicos, se retirò*

Partido el Almirante del Convento de la Rabida, que está cerca de Palos, con Fr. Juan Perez, al Campo de Santa Fè, donde estaban los Reyes Catolicos entonces, en el Sitio de Granada, habló Fr. Juan à la Reina, con tan grande instancia, que lo grò, que su Magestad mandase boiver al Tratado del Descubrimiento; pero como por vna parte lo contradecian el *Prior del Prado*, i sus fraques; i por otra pedia el Almirantazgo, el Titulo de Virrei, i otras cosas de tanta estimacion, è importancia, pareció coia dura concederlas: pues saliendo con la Empresa, parecia mucho, i malograndose, ligereça, con lo qual se cesò en el Negocio. No omitirè referir la grande estimacion, que hago de la Sabiduria, Coraçon, i Providencia del Almirante; pues teniendo tan poca fortuna en esto, i deseando tanto, como he dicho, permanecer en estos Reinos, hallandose en estado, i tiempo, que debía reducirse à qualquiera partido, tuvo animo tan constante, que no quiso aceptar sino grandes Titulos, i Estados, pidiendo cosas, que no podian ser maiores, si supiera de cierto, lo que sucedio despues: i ultimamente fue necesario que se le concediesen, haciendole Almirante en todo el Mar Oceano, con las prerrogativas, gages, i prehemencias, que tenían los Almirantes de Castilla en sus Distritos; i que en todas las Islas, i Tierra-Firme fuese Virrei, i Gobernador, con la Autoridad, i Jurisdiccion, que se concedia à los Almiran-

tes de Castilla, i Leon, i que proveiese absolutamente los Oficios de Gobierno, i Justicia. en todas las Islas, i Tierra Firme, i que fuesen por él removidos los nombrados, à su voluntad, i arbitrio; i que todos los Governos, i Regimientos se proveiesen, proponiendo él, dos, ò tres Sujetos, i que en qualquier parte de España donde se comerciase con las Indias, pudiese Juces, que determinasen los pleitos tocantes à aquellas materias.

En quanto à Rentas, i utilidades, demás de los Salarios, i Derechos de los Oficios de Almirante, Virrei, i Gobernador, pedia la decima parte de quanto se comprase, hallase, i ganase dentro de los terminos de los Almirantazgos, bajadas las costas de la Conquista; de fuerte, que si en vna Isla se adquirian mil ducados, havian de ser los ciento suyos; i porque sus Contrarios decian, que no aventuraba nada en el Viage, sino verse Capitan de vna Armada todo el tiempo que durase, pidió tambien, que se le diese la octava parte de todo lo que tragese à la buelta, i pagaria la octava parte de los gastos de la Armada.

Siendo estas cosas tan importantes, i no queriendo sus Altezas concederlas, se bolvió à Cordova, para disponer su Viage à Francia, porque estaba resuelto à no bover à Portugal, aunque el Rei le havia escrito, como se dirà adelante.

CAPITULO XIV. *Como los Reyes Catolicos mandaron bover al Almirante, y le otòrgaron lo que pedia.*

Entrado el Mes de Enero del Año de 1492. el mismo dia, que el Almirante salió de Santa Fè, acudió à la Reina *Luisa de San Angel*, procurando algun remedio, que impidiese su Viage, i con palabras, que el deseo le suministrò, para persuadirla, i aun reprehenderla, la dijo: Que se maravillaba, que haviendo tenido espíritu para emprender todas las cosas grandes, è importantes, le faltase para vna, en que se aventuraba tan poco, i de que podia resultar tanto servicio à Dios, i exaltacion à su Iglesia, no sin grandissimo aumento, i gloria

de sus Reinos, i Estados; i tal finalmente, que si la conseguiese otro Principe, como el Almirante ofrecia, seria muy claro el perjuicio, que resultaria à su Estado: en cuyo caso la reprehenderian con justa causa sus Amigos, i Aliados, i la despreciarian sus Enemigos; pues todos dirian, estaba bien empleada esta desventura, de que su Alteça se doleria despues, i sus sucesores tendrian gran dolor. Y puesto que parecia, que el Negocio tenia buen fundamento, i el Almirante, que le proponia, buen juicio, i ciencia, i no por mas premio, que en lo que hallase, concurriendo en parte de los gastos, i aventurando su Persona, no debía su Magestad tener la empresa por tan imposible, como decian los Letrados: pues lo que oponian, de que seria murmurada, si no saliese el Almirante, con lo que afirmaba, era contra el dictamen que él tenia formado; pues antes imaginaba serian tenidos por Principes Magnanimos, i generosos, porque emprendian saber las grandezas, i secretos del Universo; lo qual havian hecho otros Reyes, i Señores, i merecido mucha alabanga, i aun quando fuese incierta la salida de este empeño, era bien empleada qualquier suma grande de Oro, por salir de dudas: Demás, que el Almirante no pedia mas que 25500. escudos, para disponer la Armada, i porque no se digese, que esta cortedad la detenia, no debía abandonar la Empresa: A que respondió la Reina, conociendo el buen deseo de *Luisa de San Angel*, agradeciendole su buen consejo, i diciendole gustaba de aceptarle, con caidad de que se suspendiese la ejecución, hasta que respirase de los trabajos de aquella guerra, i que quando le pareciese mejor, que se ejecutase luego, buscase sobre sus Joias el dinero necesario para la Armada. Visto por *San Angel*, el favor que le hacia la Reina, en aceptar lo que por Consejo de tantos havia desestimado, la respondió, que no era necesario empeñar las Joias, que él serviria à su Alteça, prestandola el dinero: Con esta resolucion despachò luego la Reina vn Capitan à traer al Almirante, que le encontró cerca de la Puerta de Pinos, à dos leguas de Granada, i aunque el Almirante se dolia de las dilaciones, i pesares que havia padecido, en su empresa, informado

de la determinacion, i voluntad de la Reina, bolvió à Santa Fè, donde fue bien recibido de los Reyes, i mandaron al Secretario *Juan de Coloma*, le despachase, como lo pedia, i con su Real Firma, i Sello, le concedieron todos los Capitulos, i clausulas, que hemos referido, sin quitar, ni mudar cosa alguna.

CAPITULO XIV. *Como el Almirante armò tres Caravelas, para hacer la empresa de su Descubrimiento.*

Concedidos por los Serenissimos Reyes Catolicos, los capitulos expresados al Almirante, salió al punto de Granada, en 12. de Mayo del mismo año de 1492. para la Villa de Palos, Puerto donde havia de hacer la Armada, por estar obligada aquella Tierra à servir à sus Alteças con dos Caravelas, por tres meses, las quales mandaron entregar al Almirante, el qual les armò, con otro Navio, con la solitud, i diligencia necesaria. La Capitana en que iba era llamada *Santa Maria*; otra la *Pinta*, de que era Capitan Martin Alonso Pinçon, i su hermano Alonso Iañez Pinçon, (ambos de Palos) de la última, llamada la *Niña*, que era Latina.

Proveidas de todo lo necesario las Naves, con noventa hombres, se hicieron à la Vela, à tres de Agosto al amanecer, en derecha à Canarias: Y desde este punto puso el Almirante gran cuidado, en escribir dia por dia, quanto sucedia en el Viage, muy por menors especificando los vientos que soplaban, lo que caminaba cada vno, con que Velas, i corrientes, lo que via, Pajaros, ò Peçes, i otras cosas, i lo mismo hizo en los quatro Viajes, posteriores desde Castilla à las Indias.

No quiero escribirlo todo particularmente, pues aunque él escribió su Viage, i navegacion; el demostrar las impresiones, i efectos correspondientes à sus cursos, i los aspectos de las Estrellas, i el declarar la diferencia de ellas, i de nuestros Mares, i Regiones, seria muy útil; no me parece que tantas particularidades del gusto de los Lectores, à los quales serviria de molestia alargar esta Historia, con discursos impertinentes, por lo qual dirè solo lo que tuviere por necesario, i conveniente.

D. **CAPIT.**

CAPITULO XV. De como el Almirante llegó à Canarias, donde proveió sus Navios de todo lo que necesitaba.

SAbado à 4. de Agosto, que fue el día siguiente, en que salió de Palos el Almirante, saltaron los hierros del Timon de la Caravela *Pinta*, i le fue preciso componerle, sin embargo del viento fuerte, que hacia, i de dudar, si havia sucedido por malicia de el del Patron, queriendo evitar el Viaje, como lo havia intentado antes de la partida; pero siendo muy práctico Pinçon, su Capitan, computó el Timon, arando cuerdas, de modo que pudo seguir su viaje, hasta el Martes siguiente, que la fuerza de el tiempo rompió las cuerdas, i fue preciso que amainasen todos para bolver à remediarlo.

De la desorden, i desventura de perder esta Caravela dos veces el Timon, al empezar el Viaje, pudiera conjeturar algun agorero, la inobediencia, i obstinacion, que tuvo despues contra el Almirante, apartandose de él, en dos ocasiones, por malignidad de Pinçon, como se contará mas adelante.

Bolviendo à lo que iba refiriendo, procuraron remediar entonces, lo mejor que pudieron, esta desgracia, por lo menos hasta llegar à Canarias, las quales descubrieron todas las tres Caravelas Jueves à nueve de Agosto, al amanecer, i por el viento contrario, i las calmas, no pudieron tomar Tierra en tres dias en la Gran Canaria, de que estaban muy cerca: por lo qual el Almirante dejó allí à Pinçon, para que tomando Tierra procurase haver otro Navio, i para el mismo efecto navegó à la Gomera, llevandose la *Niña*, por si no hallaban Navio en vna Isla, buscarle en otra.

Con esta determinacion, llegó à la Gomera, el Domingo siguiente, à 12. de Agosto, i embió el Batel à Tierra, el qual bolvió al día siguiente, diciendo que no havia Navio alguno en ella; pero que estaban esperando à Doña Beatriz de Bobadilla, Señora de la Isla, que estaba en la Gran Canaria, que havia de venir en el Navio de Grageda, natural de Sevilla, que feria de 40. Toneladas, el qual podria comprarse, por ser apropiado para el

viaje; con esto esperó el Almirante en aquel Puerto dos dias: i viendo que no venia el Navio, i que salia de la Isla vn Caravelon, para la Gran Canaria, embió adedir à Pinçon, con vno de los suyos, su arribo, i que compusiese su Navio, porque bolvia presto à ayudarle; pero no bolvió, con la respuesta: i así resolvió el Almirante ir, con sus dos Navios à la Gran Canaria à 23. de Agosto, i el día siguiente encontró al Caravelon, que por vientos contrarios, aun no havia llegado à Canaria, i recogiendo el hombre que iba en él, pasó aquella noche cerca de Tenerife, de cuyo Monte, que es altísimo, vieron salir tan grandes llamas, que la Gente se espantó, i el Almirante los declaró el fundamento, i causa del fuego, verificando su discurso, con el Monte Etna de Sicilia, i otros, en que se ve lo mismo.

Pasada aquella Isla, llegaron el Sabado 25. à la Gran Canaria, adonde Pinçon havia llegado, el día antes, con gran trabajo: i sabiendo que el Lunes antecedente havia partido Doña Beatriz, en aquel Navio, lo sintió mucho; pero se conformó con la voluntad de Dios, pues sin él excusaba los disturbios que en su compañía tendria, i la perdida del tiempo, que en mudar la hacienda se causaria, i así trató de adregar la *Pinta*, poniendola Timon nuevo, porque havia perdido el suyo, i mudó a la *Niña* la Vela Latina, en redonda, para que pudiese seguir con mas quietud, i menos riesgo los otros Navios.

CAPITULO XVI. Como el Almirante salió de la Isla de Canaria, à seguir su viaje, ò dar principio à su descubrimiento, i lo que le sucedió en el Oceano, i Observaciones primeras de la variacion de la Aguja.

Puestos en orden los Navios, i à punto de partir, hizo despegar las Velas al viento el Almirante, Viernes, 1. de Septiembre por la tarde, partiendo de la Gran Canaria, i el siguiente día fueron à la Gomera, donde estuvo quatro días prevenciéndose de bastimentos de Agua, i Leña, de.

de fuerte, que el Jueves 4. por la mañana temprano, à la parte del Sudoeste, aunque era templado (como en Abril) el tiempo, i bonancibles los vientos del Nordeste, al Sudoeste, el Mar folegado, i las corrientes continuas à Nordeste. Los de la Caravela *Niña* dijeron al Almirante, que el Viernes pasado havian visto vna Garça, i otra Ave llamada Rabo de Junco, de que entonces se admiraron mucho, por ser los primeros Pajaros que havian visto; pero maior admiracion tuvieron el día siguiente, que fue Domingo, que encontraron gran abundancia de ierva entre verde, i pajiga que se via en la superficie del Agua, i que parecia haver sido arrancada poco antes de alguna Isla, ò Escollo; al día siguiente no la vieron, por lo qual afirmaron muchos estar cercanos à Tierra, especialmente viendo vn Cangrejo vivo entre aquella ierva, la qual dicen era semejante à la ierva Estrella; pero no tenia pie, i los ramos eran altos, i estaba cargada de Fruta, como la del Lentisco: despues observaron que el Agua del Mar era la mitad menos salada, que la pasada, i aquella noche siguieron à las Caravelas muchos Atunes, i se acercaban tanto à ellas, i con tanta ligereza, que mataron vno con vn Tridente los de la *Niña*, i estando ià à trecentas i sesenta Leguas de la Isla del Hierro, vieron otro Rabo de Junco, Ave llamada así, porque tiene por Cola vna pluma larga.

Continuando su Viaje, el Martes 16. de Septiembre, al ponerse el Sol, hallandose à 150 Leguas de la Isla del Hierro, àcia Poniente, vieron vn Palo de Navio, tan grueso, que havia sido de 120 Toneladas, parecia, que havia muchos dias, que estaba en el Agua. Eran en aquel parage, i mas adelante àcia Occidente, las corrientes muy grandes àcia el Nordeste, pero habiendo corrido àcia Poniente 50 Leguas, à 17. de Septiembre, observó que desde prima noche norustaba la Aguja media quarta, i al amanecer poco mas de otra quarta: en que conoció no iba ajustada à la Estrella Polar, sino à otro punto invisible, i hijo, cuya variacion hasta entonces ninguno havia observado, i por esta causa le admiró al tercer día, habiendo navegado casi cien leguas por aquellos parajes, porque observó que la aguja no rustaba ià con la quarta, i por la mañana bolvia à herir en la misma Estrella.

CAPITULO XVII. De las Aves, i otras señas, que denotaban Tierra cercana, que encontró el Almirante en su viaje.

Estando casi à 300. Leguas de la Isla del Hierro àcia Occidente, el Sabado à 17. de Septiembre, caió del Cielo à quatro ó cinco Leguas

de los Navios; vna maravillosa llama de fuego, à la parte del Sudoeste, aunque era templado (como en Abril) el tiempo, i bonancibles los vientos del Nordeste, al Sudoeste, el Mar folegado, i las corrientes continuas à Nordeste. Los de la Caravela *Niña* dijeron al Almirante, que el Viernes pasado havian visto vna Garça, i otra Ave llamada Rabo de Junco, de que entonces se admiraron mucho, por ser los primeros Pajaros que havian visto; pero maior admiracion tuvieron el día siguiente, que fue Domingo, que encontraron gran abundancia de ierva entre verde, i pajiga que se via en la superficie del Agua, i que parecia haver sido arrancada poco antes de alguna Isla, ò Escollo; al día siguiente no la vieron, por lo qual afirmaron muchos estar cercanos à Tierra, especialmente viendo vn Cangrejo vivo entre aquella ierva, la qual dicen era semejante à la ierva Estrella; pero no tenia pie, i los ramos eran altos, i estaba cargada de Fruta, como la del Lentisco: despues observaron que el Agua del Mar era la mitad menos salada, que la pasada, i aquella noche siguieron à las Caravelas muchos Atunes, i se acercaban tanto à ellas, i con tanta ligereza, que mataron vno con vn Tridente los de la *Niña*, i estando ià à trecentas i sesenta Leguas de la Isla del Hierro, vieron otro Rabo de Junco, Ave llamada así, porque tiene por Cola vna pluma larga.

El Martes siguiente, que fue à 18. de Septiembre, havia pasado adelante la Caravela *Pinta*, que era muy velera, i esperó al Almirante, i le dijo su Capitan havia visto muchos Pajaros grandes volar àcia Poniente, por lo que esperaba hallar Tierra aquella noche, i que le parecia verla àcia Tramontana, à quinze Leguas de distancia, i en el mismo día al ponerse el Sol creió lo eran vnos Nubarrones; pero porque el Almirante sabia que no era así, no quiso gastar el tiempo en ir à reconocerla, aunque todos lo deseaban, puesto que no se hallaba en el Sitio, donde sus indicios, i razones havia de estar, i aquella noche pusieron vna boneta, porque el viento refrescaba, habiéndose pasado once dias, en que no havian amainado las Velas vn palmo, navegando continuamente à Occidente, Viento en Popa.

CAPITULO XVIII. Del cuidado con que todos procuraban ver las Señales en el Mar, i el deseo de tomar Tierra.

NO dejaban de murmurar todos los de la Armada, viendose tan lejos de todo socorro, i en Navegacion tan larga, i peligrosa: i como nunca vian, fino Agua, i Cielo, notaban siempre con atencion qualquier señal, que se descubria, como los que estaban mas lejos à Tierra, que hasta entonces ningunas personas havian estado; por lo qual referiré todo aquello de que hacian alguna estimacion, à lo menos en la Descripcion de este primer Viage; pero no hablaré de otras señales de menos importancia, que suelen verse, regularmente muchas veces: i así digo, que à 19. de Septiembre, por la mañana, se puso en el Navio del Almirante vn Alcatraz, i por la tarde Otro, que daban esperanza de Tierra, juzgando, que estas Aves no se alejarían mucho de ella; con esta esperanza, estando en calma, fundaron en mas de ducientas braças, i aunque no hallaron fondo, conocieron que iban las corrientes àcia Sudoeste.

El Jueves 20. vinieron otros dos Alcatrazes, i de allí à vn buen rato, Otro, i cogieron vn Pajaro semejante à Garça, aunque era negro, i tenia en la cabeça moño de Plumas blancas, i los pies, como Anade, i à bordo mataron vn Peccillo, i vieron mucha ierva de la referida: al amanecer se pusieron en el Navio tres Pajarillos cantando, i à la anochechar desaparecieron, dejando à la Gente algun consuelo, porque consideraban, que los otros por ser grandes, i Marinos, podían mejor alejarse de Tierra; pero que estos tan chicos, debían de ser de País cercano, i de allí à tres horas, vieron otro Alcatraz, que venia de Noroeste: El dia siguiente por la tarde, vieron Otro, i vn Rabo de Junco, i descubrieron cantidad de ierva, àcia el Norte, por todo el espacio, que podía alcanzar la vista, con la qual se consolaban algunas veces, creiendo venia de Tierra cercana, i otras les causaba gran miedo, porque havia manchas, tan espesas, que en cierto modo impedían la Navegacion, i como siempre propone

lo peor el miedo, remian les sucediese lo que se finge de San Amòro en el Mar clado, que no deja mover los Navios, por lo qual los apartaban de las manchas siempre que podían.

Bolviendo à las Señales, digo que otro dia vieron vna Ballena, i el dia siguiente, que fue Sabado, 22. de Septiembre, vieron algunos Chirlitos, i tambien en aquellos tres dias corrieron algunos vientos Sudoestes, mas, ò menos, àcia Poniente: i aunque eran contrarios al Viage del Almirante, decia la Gente, que eran muy buenos, i que ayudaban mucho à la Navegacion, i esta era vna causa para que la Gente murmurase mas, pues decían que llevando siempre viento en Popa, le tendrían contrario à la buelta, i aunque alguna vez experimentaban buen viento, para bolver, decían, que no era durable, ni bastante à bolverlos, por el camino que dejaban atrás; el Almirante los replicaba, diciendo, que aquello procedia de estar ya cerca de Tierra, la qual no dejaba levantar las olas, i los daba otras razones; afirma, que entonces tuvo necesidad especial de la ayuda de Dios, como Moises quando sacó al Pueblo de Egipto, pues al Domingo siguiente 23. se levantó viento Hues-Noroeste, el qual turbó el Mar, como la Gente deseaba, i de allí tres horas, vieron volar vna Tortola sobre la Nave, i à la tarde vn Alcatraz; i vn Pajarillo de Rio, i otros Pajaros blancos, en la ierva hallaron algunos Cangrejillos, i al dia siguiente vieron otro Alcatraz, i muchos Chirlitos, que venían de àcia Poniente, algunos Peccillos, de que mató algunos la Gente de los otros Navios, porque no picaban en el Anquelo.

CAPITULO XIX. Como la Gente murmuraba con deseo de bolverse, i viendo otras señales, i mudas de Tierra, navegò à ella mas alegre.

QUANTAS mas señales, vian que salían vanas, tanto mas crecía el miedo de la Gente, se aumentaba la ocasion de murmurar, i retirados en los Navios, decían, que el Almirante con su loca fantasia, havia resuelto hacerse Gran Señor, à costa de sus vidas, i peligros, i morir en aquella Empresa, i que puesto que

que à havian satisfecho à su obligacion en tanta fortuna, i estaban tan remotos de Tierra, i de todo socorro, mas que otros algunos, no debían, fingiendo el Viage, ser Autores de su propria ruina, i privarse del tiempo de arrepentirse, fallandoles los bastimentos, i Navios que tenían tantos defectos, que no podrían à salvar hombres, que estaban tan dentro del Mar; i que nadie tendria esto à mal, antes serían muy estimados, por haverse expuesto à empresa semejante, i haverse adelantado tanto, i que por ser el Almirante Estrangero, i sin favor, i su opinion reprobada, i despreciada por tantos hombres Doctos, i Sabios, no tendria quien le patrocinase, i serían ellos creidos, hechando la culpa à su mal gobierno, i à su Ignorancia, lo qual valdria mas que quantas justificaciones pudiese hacer él, en contrario; i no faltaron algunos, que decían, que para quitar contiendas lo hechafen en el Mar, fino desistia de su intento, publicando despues, que él se havia caido, estando mirando las Estrellas, i las señales, i que ninguno anduviese buscando la verdad sobre esto, pues no havia otro fundamento cierto de su buelta, i salvamento que este.

Continuaban de este modo el Viage, murmurando, doliendose, i aconsejandose todos los dias: i el Almirante no ignoraba su inconstancia, i la mala intencion, que tenían contra él; pero vnas veces con palabras suaves, i otras resuelto à morir; los amenazaba con el castigo, que haria, si impediesen el Viage, con lo qual templaba alguna cosa sus miedos, i maquinaciones, i en confirmacion de las esperanças, que los daba, acordaba las señales, que havian visto, prometiendo los que en breve tiempo hallarian alguna Tierra: i andaban tan atentos continuamente à estas señales, que cada hora les parecia vn año para ver Tierra, hasta que el Martes 25. de Septiembre, al ponerse el Sol, estando hablando con Piçon, el Almirante, que se hallava muy cerca de su Navio, gritó recio Piçon: *Tierra, Tierra. Señor no se pierda mi buena mano*, i le enseñò vn cuerpo àcia Sudoeste, que parecia Isla, à 25. Leguas de distancia, de que la Gente se alegrò mucho, i consolada daba gracias à Dios, i à el Almirante, que por ser la noche obscura havia creído algo de ello, por tener consolada la Gente, i porque

no se le opusiesen, i impidiesen su camino, navegò àcia el bulto gran parte de la noche; pero à la mañana siguiente, conocieron que eran nubes, que muchas veces parecen Tierra: por lo qual con bastante dolor, i enfado bolvieron à seguir la via de Occidente, que continuaban siempre quando el viento no lo impedía, i poniendo gran cuidado en las señales, vieron vn Alcatraz, vn Rabo de Junco, i otras Aves semejantes à las referidas.

El Jueves 27. de Septiembre vieron otro Alcatraz, que venia de Poniente, i iba àcia Levante, i se aparecieron muchos Peces Dorados, de que mataron vno, i pasó junto à ellos vn Rabo de Junco, i despues observaron que las corrientes no iban tan firmes, i ordenadas aquellos vltimos dias, como solían, si no bolviendo en derecho con las mareas, i la ierva era menos en el Mar, que primero. Viernes mataron desde todos los Navios muchos Peces dorados; i el Sabado vieron vn Rabi-Ahorcado, que aunque es Ave de Mar, no se para en él, antes anda por el aire, persiguiendo los Alcatrazes, hasta que los hace descargar el viento, i en el Aire recoge la inmundicia para mantenerse, i con esta astucia, i caga, se alimenta en aquellos Mares, como en los contornos de las Islas de Cabo-Verde; de allí à poco vieron otros dos Alcatrazes, i muchos Peces, llamados Golondrinas de Mar, cuya grandeza es de vn palmo, i con dos alas vuelan encima del Agua, tanto como vn tiro de Escopeta, vna lança en alto, poco mas, ò menos, i algunas veces cacen en los Navios; despues vieron mucha ierva en vna lista àcia el Norte, medio dia, como primero, i otros tres Alcatrazes, i vn Rabi-Ahorcado, que los perseguía. El Domingo por la mañana se pusieron en el Navio quatro Rabos de Junco, que por venir juntos, imaginaron estar mas vecinos à Tierra, i especialmente, porque poco despues pasaron otros quatro Alcatrazes, i vieron mucha ierva àcia el Hues-Oeste à Les-Sueste, i otros, vieron muchos Peces Emperadores, que tienen la piel durissima, i no son de comer.

No por estas señales se descubria el Almirante de las del Cielo, en el curso de las Estrellas, i notò, en aquel parage, que las Guardas de noche estaban justamente en el braço del Norte, i quando amanecía en la línea

debajo del brazo, à Nordeste, lo que le causaba grande admiracion, i comprehendia, que en toda la noche no navegaban mas que tres líneas, que son nueve horas, i todas las noches experimentaba esto; Noro igualmente, que à prima noche, Noruesteban las Agujas por toda vna quarta, i quando amanecía, estaban à justadas à la Estrella Polar, lo qual tenia mui confusos, i afanados à los Pilotos, hasta que el Almirante les hizo entender, que esto era, por rason de el rodéo, que hace la Estrella referida circundando à el Polo, con cuija advertencia se animaron algo; porque hallando tan gran diferencia, temian grandes peligros en tanta distancia, i diversidad de Países.

CAPITULO XX. Como proseguieron viendo los indicios, i señales à referidos, i otros mejores, con que tuvieron algun consuelo.

Lunes primero de Octubre, se puso vn Alcatraz en el Navio, i dos horas antes de medio dia, otros dos, i las listas de ierva venian à de Este à Oeste: el mismo dia por la mañana el Piloto del Navio del Almirante dijo, que estaba àcia Poniente, distante de la Isla del Hierro 578. leguas, i el Almirante le afirmó, que estaba 584. aunque sabia que estaban 707. que eran 129 mas, de las leguas, que contaba el Piloto. La cuenta de los otros dos Navios era mui diferente, porque el Piloto de la Niña dijo, el Miercoles siguiente en la tarde, haver navegado 540 Leguas, i el de la Pinta 634. quitando lo que havian caminado aquellos tres dias: hablaban mui fuera de la verdad, porque siempre tuvieron buen viento en Popa, i havian navegado mas; pero como se ha dicho al Almirante disimulaba, i sufría el error, porque la Gente no se entristeciese viendo tan lejos.

El dia siguiente, que fue 2. de Octubre, vieron muchos Peces, i mataron vn Atun, i vieron muchos Pajaros, i Avecillas, vno blanco, i la ierva mui vieja, i casi reducida à polvo. No viendo el dia siguiente Pajaros, sino algunos pequeños, dudaron grandemente, si havian dejado

algunas Islas, i pasado por medio de ellas, sin verlas, imaginando, que la multitud de Pajaros, que havian visto, hasta entonces fuesen de paso de vna Isla à otra, con que deseaban ir à vna parte, ò otra para descubrir aquella Tierra, en lo qual no convino el Almirante, por no perder el buen tiempo, que tenia, i proseguir el Viage derecho à las Indias, navegando siempre à Occidente, que era el camino, que tenia por mas cierto; i porque le parecia perdia la autoridad, i credito de su Viage, buscado à vna, i otra parte, lo que havia afirmado, saber de cierto, donde estaba; por lo qual la Gente estuvo para amotinarse, perseverando en las mormuraciones, i conjuraciones: mas quitó Dios focorrerle, con nuevas señales, como va referido; pues el Jueves quatro de Octubre, despues de medio dia, vinieron mas de 40 Pajarillos, por la tarde juntos a el Navio, i dos Alcatrazes, que se acercaron tanto, que dió vn muchacho vna pedrada, à vno, i antes de esto havian visto otro Pajaro, como Rabo de Junco, i otro blanco, como el antecedente, i bolaron en la Nave muchas Golondrinas: El dia siguiente llegó à el Navio vn Rabo de Junco, i vn Alcatraz de àcia Poniente, i vieron muchos Pajarillos.

El Domingo despues, à 7. de Octubre, à el salir el Sol, se vió muestra de Tierra àcia Occidente; pero porque era obscuro, ninguno de arrevio à hacerse Autor de la novedad, no por la verguença de decir lo que no fuese, sino por no perder la merced de 30 escudos de renta concedida por los Reyes Catolicos, à los que primero viesen Tierras, pues como hemos dicho, para impedir que se diesen alegrías vanas, se havia vedado con pena de perderla, que si diesen Tierra, no verificandose en el termino de tres dias, aunque despues la viesen, era noticia falsa: i por esto temian los de la Nave de el Almirante, no queriendose arriesgar à decir Tierra, Tierra. Los de la Caravela Niña, que era mas velera, creyendo firmemente fuese Tierra, la que vian, dispararon vn Cañonazo, i levantaron Vandera, en señal de Tierra; pero quanto mas adelante navegaban, iban perdiendo la alegría, hasta que totalmente cesó con la muestra que havia visto. Poco despues quitó Dios consolarlos, por que vieron grandes vandadas de Pajaros de todos fuertes, i algunas de

de Pajarillos de Tierra, que desde Occidente iban à buscar, que comer, àcia el Sudoste: por lo qual el Almirante teniendo por mui cierto, hallandose tan distante de Castilla, que Pajarillos tan pequeños no pararian en Tierra mui lejana, dejó de seguir la via del Oeste, i hecho à la buelta del Sudoste, diciendo, que si mudaba camino, lo hacia porque no era mui distante del suio principal, i seguir la rason, i experiencia de los Portugueses, que havian descubierto la maior parte de sus Islas, por el juicio, i buelo de semejantes Pajaros, i maiormente, porque los que havian visto, hacian entonces casi el mismo viage; en que siempre tuvo por cierto debía hallarse Tierra, segun el paraje donde estaban puestos, que como sabian, les havia dicho muchas veces, que no esperaba ver Tierra, hasta haver navegado 750. leguas, àcia el Occidente de Canarias, en cuyo termino havia tambien dicho, que hallaria la Española, llamada entonces Zipango, i sin duda la hubiera hallado, si no huviese sabido, que se decia estar à lo largo de Tramontana, à medio dia, i por esto quedaba à la izquierda, àcia el medio dia aquella Isla, i otras de Caribes, àcia las quales bolavan aquellos Pajaros, i por estar tan vecinos à Tierra, se via continuamente tanta abundancia, i variedad de Pajarillos, que el Lunes 18. de Octubre llegaron à el Navio doce de los que tienen muchas colores, i cantan en el campo, i despues de haver volado vn poco à el rededor de las Naves, proseguieron su camino; tambien vieron desde los Navios otras muchas Aves, que volavan à el Sudoste, i aquella misma noche fueron vistas otras Aves grandes, i vandadas de Pajarillos, que venian de àcia el Norte, i bolavan en derecha àcia los primeros; i demas de esto vieron muchos Atunes, i por la mañana vna Garga, vn Alcatraz, Anade, i Pajarillos, que llevaban el mismo camino, que los otros, sentian los de las Naves el aire mui fresco, i oloroso, como por el mes de Abril en Sevilla; pero era tanta el ansia, i el deseo de ver tierra, que à no creian ninguna señal: de modo, que aunque el Miercoles 10. de Octubre de dia, i de noche viesen pasar muchos, de los mismos Pajaros, la Gente no dejaba de lamentarse, ni el Almirante de reprehender su poco animo, afirman-

doles que bien, ò mal, havian de salir con la empresa de las Indias, à que les embiaban los Reyes Catolicos.

CAPITULO XXI. Como el Almirante hallò la primer Tierra, que fue vna Isla llamada de los Lucayos.

Viendo Nuestro Señor quan dificultosamente se mantenía el Almirante contra tantos contradictores, fue servido, de que el Jueves à 11. de Octubre, despues de medio dia, tuviesen gran animo, i alegría; porque hallaron indicios manifiestos, de estar cerca de Tierra: pues los de la Capitana, vieron junto à ella vn Junco verde, i despues vn Pez verde, de los que no se alejan de las Rocas. Los de la Pinta vieron vna caña, i vn baston, i cogieron otro labrado ingenio: famente, i vna Tabilla, i vna mancha de ierva de Ribera. Los de la Niña, vieron semejantes señales, i vn Ramo de Espino cargado de Majuelas maduras, que parecia recién cortado; por cuias señales, i lo que dictaba el natural discurso, teniendo el Almirante por cosa cierta estar vicino à Tierra à de noche, acabada la saive, que segun la costumbre, cantan los Marineros todas las tardes, habló generalmente à todos, refiriendo las mercedes que nuestro Señor los havia hecho de llevarlos tan seguros, i con tanta prosperidad de tiempos, i Viage, i à consolarlos, con señales que cada instante eran maiores; por lo qual les rogaba, que velasen con atencion aquella noche, traiendoles à la memoria, que bien sabian como el primer Capitulo de la comision, i orden, que se dió en Canarias à los Navios, era, que en navegando 700. Leguas à Poniente, sin hallar Tierra, no navegasen desde la media noche, hasta el dia: i porque el deseo de Tierra no tenia efecto, por lo menos fuesse su ardimiento la buena vela; i pues él tenia mui cierta esperança, de que aquella noche havia de descubrirse Tierra, hiciese cada vno guardia, por su parte, porque además de la merced de 30 Escudos de renta, que sus Altezas havian señalado, al que primero viesse Tierra, le daría él vn jubon de Terçopelo.

Dicho esto, estando despues el Almirante, en el Castillo de Popa, doce horas

horas, antes de media noche, vió vna luz en Tierra; pero dice que era de modo, que no se atreúa afirmar, que fuese en Tierra, por lo qual llamó á Pedro Gutierrez, Maestro Sala del Rei, i le dijo, que mirase, si via la luz, i le respondió que sí, i luego llamaron á Rodrigo Sanchez de Segovia, para que mirase, ácia donde se via; pero no pudo verla, porque no subió tan presto, ni despues la vieron mas que vna, ó dos veces, por lo qual juzgaron, que podia ser Candela, ó Antorcha de Pescadores, ó Caminantes, que levantaban, ó bajaban la luz, ó que pasaban de vna Casa, á otra; porque se desaparecia, i bolvia de repente, con tanta prontitud, que pocos creerian por aquella señal, estar cerca de Tierra.

Prosiguieron el camino mas advertidos, hasta que dos horas despues de la media noche, la *Pinta*, que iba delante, por ser muy velera, hizo señal de Tierra, la qual vió el primero Rodrigo de Triana, Marinero, i estaba á dos Leguas de distancia de ella; pero no se le concedió la merced de los 30 Escudos, sino al Almirante, que vió primero la luz, en las tinieblas de la noche, denotando la luz espiritual, que se introducía por él, en aquellas tinieblas: Estando ya cerca de Tierra, se pusieron todos los Navios á el reparo, teniendo por tiempo muy dilatado el que salía hasta el día, para gozar de cosa tan deseada.

CAPITULO XXII. Como el Almirante tomó Tierra, i posesion de ella, en nombre de los Reyes Catholicos.

Legado el día, vieron vna Isla de 25 Leguas de largo, llana, i sin Montes, llena de Arboles muy verdes, con vna gran Laguna en medio, poblada de muchas Gentes, que no con menor deseo corrian á la Marina; todos asombrados, i maravillados de ver los Navios, creiendo eran algunos Animales, i no via la hora de saber de cierto lo que fuese, ni los Christianos tenían menos prisa de saber quien fuesen ellos; pero presto fue satisfecho su deseo, porque de repente hechó las Ancoras el Almirante, i salió á Tierra, en la Barca armada, desplegado el Estandarte Real; lo mismo hicieron los Capitanes de los

otros dos Navios, entrando en sus Barcas con la Vandra de la Empresa, en que estaba pintada vna Cruz verde, con vna F. de vna parte, i de la otra tenia otras coronadas, en memoria de Don Fernando, i Doña Isabel, i dando todos, gracias a Dios, arrodillados en Tierra, besándola con lagrimas de alegría, el Almirante se levantó en pie, i puso por nombre á la Isla *San Salvador*: Despues tomó posesion en nombre de los Reies Catholicos, con la solemnidad, i palabras, que se requieren, estando presentes muchas gentes de la Isla, que habian concurrido á verlos, i los Christianos le admitieron por Almirante, i Virrei, i le juraron la obediencia, como á quien representaba las Reales Personas de sus Altezas, con tanto jubilo, i placer, como era justo, pidiendole todos perdon de las injurias, que por su temor, e inconstancia le habian hecho: habiendo concurrido muchos Indios á ver esta fiesta, i alegría, conoció el Almirante, que era Gente pacífica, quieta, i sencilla, les dió algunos Gorros colorados, i farras de cuentas de vidrio, que se echaban al cuello, i otras cosas de poca importancia, que estimaron mas, que si fuesen Piedras preciosas.

CAPITULO XXIII. De la calidad, i costumbres de aquella Gente, que vió el Almirante en la Isla referida.

Retirado el Almirante á sus Barcas, le iban siguiendo los Indios, á nado vnos, i otros en Canoas, con Papagaios, Ovillos de Algodon hilado, Açagaias, ó Lancillas, i otras cosas, para trocarlas por farras de Avallorio, Cascabeles, i otras cosas de poca estimacion, i como gente sencillísima, andaban todos los Indios desnudos, como nacieron, i no tenia mejor vestido, vna India que se apareció allí: Comunmente eran moços de hasta treinta años, de buena estatura, tenían los cabellos gruesos, i muy negros, cortados sobre las orejas; aunque havia algunos que los traían largos hasta la espalda, i atados con vn cordón grueso, al rededor de la cabeza, á modo de trenza; eran de agradable bulto, i buenas facciones; aunque los acababan algo las frentes, que tenían muy largas; su

esta-

estatura era mediana, bien formados, de buenas carnes, i de color aceituno, como los Canaris, ó Rusticos, tostados con el Sol: Vnos estaban pintados de blanco, otros de negro, i otros de Colorado; algunos en la cara, otros en todo el cuerpo, i algunos solamente en los ojos; ó la Nariz no tenían armas, como las nuestras, ni las conocian; porque enseñándoles los Christianos vna cípada desnuda, la cogian por los filos bobamente, i se cortaban; ni tenían conocimiento alguno de cosas de hierro; porque las lancillas, que hemos dicho, eran de madera, con la punta aguda, i tostada, i en ella vn diente de Pez por hierro; Viendo algunos con cicatrices de heridas, se les preguntó, por señas, la causa de ellas, i por señas respondieron, que las habian recibido defendiendose de las Gentes de otras Islas, que venian á cautivarlos. Parecian personas de buena lengua, i ingenio, porque bolvian á decir con facilidad las palabras, que oían vna vez; no havia Animales algunos, excepto los Papagaios, que venian á trocar con otras cosas, como ya se ha dicho.

Despues en el día siguiente, que fue 13 de Octubre, salieron muchos Indios á la Playa, con sus Barquillas (llamadas Canoas) vinieron por la mañana á los Navios: Estas Canoas eran de vna pieza, hechas del tronco de vn Arbol, cabado á modo de Artesa, i en la maior, cabian quarenta, i cinco personas, otras eran mas pequeñas, i algunas havia, en que no cabia mas de vn Indio: bogaban con vna pala á modo de las de horno, ó de las con que se muele el Lino: Los Remos no los atán como nosotros, sino los meten en el Agua, i tiran derecho como gafadores con las zapas, i son estas Canoas tan ligeras, i fabricadas con tanto artificio, que si se buelcan, las endebran nadando, i hechan el Agua fuera, meneándolas de vn lado á otro, como hace el Texedor, i quando la tienen fuera, sacan el Agua, que queda con calabagás secas, que lleban para este efecto, partidas por medio.

Aquel día llevaron para trocar de las cosas, que hemos dicho, i lo daban por qualquier cosa, que los diesen; pero en ninguno no se vieron Joyas, ni Metales, sino algunas ojillas de Oro, que traían colgando fuera, i dentro de la Nariz: i preguntándoles de donde habian traído aquel Oro, ref-

pondieron que de la parte de Medio día, donde havia vn Rei, que tenia muchas piezas, i vasos de Oro; añadiendo, i mostrando que ácia aquel lado del Medio Día, i del Sudoesse, havia muchas Islas, i grandes Tierras: i como tenían tan gran deseo de llevar algo de lo que llevabamos, i ser pobres, no tenían con que rescatarlo, i luego que entravan en los Navios, i podían tomar alguna cosa, aunque fuese vn casco de plato, ó escudilla vidriada, salaban al Mar, i se iban á Tierra con ella, i si traían alguna cosa, la daban por vn pedacillo de vidrio roto, ó cosa semejante, i hubo alguno, que dió diez i seis Ovillos de Algodon, por tres quartos de Portugal, que no valian vn quattrin de Italia, i estos Ovillos pesaban mas de veinte i cinco libras, i el Algodon estaba muy bien hilado: En este comercio se pasó el día, i llegada la noche se fueron los Indios á Tierra: i es de advertir, que la liberalidad que mostraban, no procedía de que estimasen mucho la materia de las cosas, que los nuestros les daban, sino porque les parecia, que siendo nuestras, eran cosas dignas de mucha estimacion, teniendo por cierto, que los nuestros habian bajado de el Cielo, i por eso deseaban tener alguna cosa suya, para memoria de ellos.

CAPITULO XXIV. Como el Almirante pasó de aquella Isla, i fue á ver otra.

EL Domingo siguiente á 14 de Octubre, corrió el Almirante, en las Barcas por la Costa de la Isla, ácia el Noroeste, por si hallaba algo al recodo de ella, i halló vn Puerto capaz de quantas Naves ai en la Christianidad. Viendole aquellos Pueblos ir, corrian por la Playa sus Moradores, gritando, i prometiendole bastimento, combidado á los que encontraban, que viniessen á ver la Gente del Cielo, al qual algaban las manos, hechados en Tierra, como dándole gracias por su venida: Muchos nadando, ó en las Canoas, como podían, iban en las Barcas á preguntar por señas, si eran venidos del Cielo? Logrando el que desembarcaban para descansar; pero el Almirante dándoles á todos quantas de vidrio, se alegraba

F increi-

increiblemente de tanta simplicidad, hasta que llegó a vna Península, que en tres dias podia haverse rodeado, por Agua, habitable, i donde podia hacerse vna buena Fortaleza: Aquí vió seis casillas de Indios, con muchos Jardines al rededor, tan hermosos, como están los de Castilla, en Maio; mas porque la Gente estaba cansada de remar, i conocia claramente, no ser aquella Tierra la que buscaba, ni de tanta utilidad, que pudiese poblar en ella, romó siete Indios por Interpretres, i vuelto a sus Navios, navegó ácia otras Islas, que se vían desde la Península, i parecia ser llanas, verdes, i muy pobladas, como lo aseguraban los mismos Indios: llegó á vna de ellas, distante siete leguas, el día siguiente Lunes 15. de Octubre, i le puso por nombre *Santa Maria de la Concepcion*; la parte de esta Isla, ácia San Salvador, tendria cinco leguas de Costa, pero el Almirante fue por la de Leste, ó Hueste, que tiene mas de diez leguas de largo, i habiendo surgido ácia Occidente, desembarcó, para hacer lo mismo, que en la Isla antecedente; concurrió la Gente de la Isla prontamente á ver los Christianos, con la misma admiracion, que la otra, i viendo el Almirante que todo era vno, navegó el día siguiente Martes, ácia Hueste, ocho leguas, á otra Isla mucho maior, cerea de la Costa de aquella, que corre á Norueste Sueste, mas de diez i ocho leguas.

Era tambien muy llana, i de hermosas Playas, i la llamó la *Fernandina*; pero antes que atravesasen á esta Isla, i á la de la Concepcion, encontraron vn Indio en vna Canoa pequeña, que llevaba vn pedazo de su Pan, vna Calabaza de Agua, i vn poco de Tierra, semejante á la sangre de Drago, con que se pintan aquellas Gentes el cuerpo, como dejamos dicho, i algunas hojas secas, que estiman ellos mucho, por ser muy olorosas, i sanas, i en vna Cestilla, llevaba vna sarta de quantas verdes de vidrio, i dos monedillas de cobre; de que se infirió, que venia de la Isla de S. Salvador, i haver pasado por la Concepcion, i de allí iba á la *Fernandina*, dando noticia de la llegada de los Christianos á aquella Tierra: mas porque la jornada era larga, se vino al punto á los Navios, donde fue recogido con su Canoa, i tratado muy bien, por el Almirante, con animo de en llegando á Tierra, embiarle á los Indios, con sus

embajadas, como lo hizo, dandole algunas cosas, para que las repartiése con los otros; i su buena Relacion fue causa de que repentinamente viniese la Gente de la *Fernandina*, á los Navios, en sus Canoas, á rescatar, lo mismo, i en la misma forma, que los otros Indios; porque aquella Gente, i la demás que se havia visto, era de la misma calidad: i quando el Batel, fue á Tierra á hacer aguada, los mismos Indios enseñaban á los Marineros, donde estaba, con gran alegría, i cargando voluntariamente con los Barriles en la espalda para llenar las Botas en el Batel, aunque es verdad que parecian Gente de maior advertencia, i juicio que los primeros, i recataban los rescates: En sus casas tenian Paños de Algodón, ó Colchas, i las Mugeres andaban cubiertas con vna Fajilla de Algodón, i otras con vn paño tejido, que parecia tela. Entre otras cosas notables, que se admiraron en aquella Isla, fue ver los Arboles, de diversos ramos, i hojas de varias especies, sin estar ingertos, sino producidos naturalmente, i havia tronco que tenia quatro, ó cinco modos de hojas, i ramas, tan diferentes, como son las hojas de las Cañas, de las del Lentisco; Vieron tambien Pescados de diversas hechuras, i de colores muy finos; pero no hallaron Animales algunos, sino Lagartos, i algunas Culebras.

Despues para reconocer mejor la Isla, navegaron ácia el Norueste, i surgieron en la boca de vn Puerto bellísimo, que á la entrada tenia vna Isleta; pero no pudieron entrar en él; por tener poco fondo, ni hicieron caso, por no alejarse de vn Pueblo, que se via poco distante, aunque hasta entonces no havian visto en la maior Isla, que havian estado, mas que diez, ó doce casas á modo de Pavellones, en las quales no havia mas adorno, ni menaje, que lo que llevaban, á rescatar á los Navios. Sus camas, eran como red, á modo de honda, colgada; acuestante en medio de ellas, i atan los extremos á dos postes de la casa; tambien vieron algunos Perros, como mastines, i bracos, que no ladraban.



CAPITULO XXV. Como el Almirante pasó á otras Islas, que desde la Fernandina se vían.

Por no haver hallado en esta Isla, cosa de importancia, navegaron el Viernes 19. de Octubre, á otra, llamada *Saometo*, á la qual puso por nombre *Isabela*, el Almirante, para proceder con orden en la imposicion de los nombres: pues á la primera, que llamaban *Guanabani* los Indios, la llamó á Gloria de Dios, que se la havia mostrado, librandole de muchos peligros, *San Salvador*; á la segunda, por la devocion que tenia á la Concepcion de Maria Santísima, i por el principal favor, que en ella tienen los Christianos, llamó *Santa Maria de la Concepcion*; á la tercera, llamó *Fernandina*, en memoria del Rei Catolico; i á la quarta, *Isabela*, por respeto á la Serenísima Reina Doña Isabel, i despues la que halló primero, que Cuba, la llamó *Juana*, en memoria del Principe Don Juan, heredero de Castilla, teniendo respeto de satisfacer, con estos nombres á la memoria espiritual, i temporal.

Es verdad, que en quanto á la bondad, grandeza, i hermosura de la *Fernandina*, se aventaja mucho á las otras Islas; porque fuera de ser muy abundante de Aguas, bellísimos Prados, i Arboles, entre los quales havia muchos Aloes; se vían Collados, i Montañuelas, que por ser muy llanas, no remian las otras Islas: Enamorado de su belleza el Almirante, desembarcó por hacer la ceremonia de la Posesion en Tierra de tanta amenidad, i hermosura, como tiene España, por Abril; oíase el canto de los Ruiseñores, i otros Pajarillos, tan suave, que no sabia bolver á la Barca, i no solo volaban entre los Arboles, sino en vandadas tan grandes, pasaban, que obscurecian el Sol; la maior parte era diferente de los nuestros, i por ser Tierra de muchas Aguas, i Lagunas, en vna vieron vna Serpiente de siete pies de largo, i vn pie de vientre, la qual perseguida de los nuestros, se hecho en el Agua; pero por no ser profunda, la sacaron con las lanças, no sin espanto, i admiracion, por ser de aspecto feroz, i horrible; pero el tiempo adelante les enseñó la experiencia, ser la muy agradable comi-

da, que tenían los Indios, porque desollada, tiene la carne muy blanca, de suavísimo, i agradable gusto, i es llamada por los Indios *Giovana*. Adereçada esta Caça, deseando conocer mas la Tierra, dejando para el día siguiente esta Serpiente, en que mataron otra de la misma suerte, profiguieron en reconocer la Isla, i hallaron vn Pueblo, cuyos Indios huieron á los Montes, con lo que podian llevar de su hacienda; pero el Almirante no consintió se tocasse en cosa ninguna de las que dejaban, porque no tuviesen por Ladrones á los Christianos; de que resultó que perdiendo el miedo, poco á poco; los Indios, bolvieron á rescatar voluntarios á los Navios, como havian hecho los demás.

CAPITULO XXVI. Como el Almirante descubrió la Isla de Cuba, i las cosas, que en ella halló.

Haviendo sabido el Almirante los secretos de la Isla *Isabela*, i el trafico, i modo de aquella Gente, no quiso perder tiempo corriendola, porque eran muchas Islas semejantes entre si, como decian los Indios, por lo qual salió con buen tiempo, para ir á vna Tierra muy grande llamada *Cuba*, que estaba ácia el Medio Día, el Domingo 27. de Octubre, i llegó á la Costa del Norte de ella: al punto que la vieron, reconocieron ser de mejor bondad, i calidad, que las que van referidas, tanto por la hermosura de los Montes, i Collados, como por la variedad de los Arboles, i de los Campos, i por la grandeza, i dilatacion de sus Campañas, i Rios, i para tomar lengua, i noticia de sus Gentes, hechó Anclas el Almirante, en vn gran Rio, donde los Arboles eran muy pomposos, i altos, adornados de Flores, i de Frutos, i diferentes de los nuestros; havia vna infinitad de Pajaros, diversos de los nuestros, i tanta amenidad, que era increíble; porque se veia la ierva muy alta, i diferente de la nuestra, aunque havia Verdolagas, Biedos, i otras semejantes, las quales no eran conocidas por su diversidad, i habiendo ido á dos casillas, que no lejos se veian, las hallaron sin Gente, que havia huido de miedo, dejando sus redes, i los demás instrumentos de pescar, i vn Perro, que no

no labraba; pero no se llegó à cosa alguna, como havia mandado el Almirante; porque le bastaba ver la calidad de las cosas, que usaban para su mantenimiento; i servicio: Bueltos de los Navios, proseguieron su Viage àcia Occidente, i hallaron otro Rio al qual el Almirante llamó de los Mares; era mucho maior que el referido, porque podia entrar por su boca vn Navio con mucha anchura, i estaban muy pobladas sus Riberas; pero luego que sus Gentes vieron los Navios, huieron à los Montes, que se vian muchos, altos, redondos, i llenos de Arboles, i Plantas amenissimas, en los quales escondieron los Indios quanto pudieron llevar; con que no pudiendo entender el Almirante la calidad de aquella Isla, por el temor de los Moradores, i considerando que si bolvia à desembarcar con mas Gente, se aumentaria, determinò embiar dos Christianos con vn Indio de San Salvador, que llevaba consigo, i con otro de la misma Isla, que se havia arriesgado, à venir en vna Canoas, à los Navios, mandandolos entrar en la Isla, i se informasen de ella, acariciando à los Indios, que encontrasen en el camino: i porque durante el Viage de estos, no se perdiere tiempo, mandò sacar a Tierra el Navio para empalmarle, i casualmente reconocieron, que toda la leña de la lumbre que havian encendido para esto, era Almastiga, de que havia grandissima abundancia en toda la Isla: Este es vn Arbol, que en la hoja, i el fruto, es semejante al Lentisco, aunque es mucho maior.

CAPITULO XXVII. Como Bolvieron los dos Christianos, i lo que dijeron haver visto.

Estando ya adereçada la Nave, i à punto de navegar, bolvieron los Christianos, con dos Indios, à 5. de Noviembre, diciendo haver caminado 12. leguas por Tierra, i haver llegado à vn Pueblo de 50 casas, bastante grandes, todas de madera, cubiertas de paja, i à modo de Pavellon, como las otras; i que havia en ellas hasta mil fuegos, porque en cada vna habitaban los de vna Familia: i que los Principales de la Isla, salieron à recibirlos, i los llevaron en

braços à la Ciudad, dandoles para alojamiento vna gran casa de aquellas; donde los hicieron sentar, en vnos asientos hechos de vna pieza, de estraña forma, i semejantes à vn Animal, que tiene braços, i las piernas cortas, i la cola vn poco levantada para apoyarse, la qual no es menos larga, que el asiento, para estar con mas conveniencia, con vna cabeza en la facha, i los ojos, i orejas de Oro: A estos asientos llaman los Indios *Duchi*: en los quales habiendo hecho sentar à los nuestros, al instante se sentaron todos los Indios al rededor de ellos, en el suelo, i fueron llegando vno à vno, à besarles los pies, i las manos, i los dieron à comer algunas raices cocidas, que sabian à Castañas, rogandoles mucho se quedasen con ellos, ò por lo menos, reposasen por quatro, ò seis dias: i esto era, porque los dos Indios, que iban con ellos, decian à los otros, muchos bienes de los Christianos; despues entrando muchas Indias à verlos, se salieron fuera los Indios, las quales no con menor maravilla, i reverencia, los besaron los pies, i las manos, como cosa Sagrada, ofreciendolos los dones que les lababan.

Quando les pareció tiempo de recogerse à los Navios, quisieron venir acompañandolos muchos Indios; pero ellos no consintieron, que viniese nadie, sino es el Rei, vn hijo suyo, i vn Criado, à los quales hizo mucha honra el Almirante, i los Christianos le contaron, como al ir, i bolver vieron muchos Pueblos, donde les hicieron la mesma corteja; i acogida, los quales no tenían mas de cinco casas juntas, que por las calles havian hallado mucha Gente, que llevaba en la mano vn rigo encendido para hacer lumbre; i saumarle despues, con algunas iervas, que para este efecto llevaban consigo, i para tostar aquellas raices, que los dieron, que era su principal comida; vieron tambien otras infinitas especies de Arboles, i iervas, que no havian visto, en la Costa del Mar, gran diversidad de Aves, muy diferentes de las nuestras, aunque entre ellas havia Perdices, i Ruiseñores: Animales quadrupedos, no havian visto ninguno, excepto Perros que no ladraban; lo que sembraban eran muchas raices de squellas, i cierta especie de Habas, i otro grano, que llamaban Maiz, de muy buen sabor, cocido, ò tostado, ò hecho polenta; havia grandissima abundancia de

Algoz

Algodon bien hilado; de suerte, que en vna sola casa vieron mas de doce mil i quinientas libras, bien hiladas. Los Indios no plantan esta ierva, que ella se nace por los campos, como las Rosas, i se madura, aunque no toda à vn tiempo; en vn mesmo pie, havia pimpollos, en otro estaban abiertos, i en otro maduros, de cuyas plantas llevaron los Indios gran cantidad à los Navios, i por vna correa, daban vna cesta llena: ninguno se viste de su tela, porque solo les sirve, para hacer sus Redes, i Amacas, i hacer enaguas de Muger, que son los Pañetes, con que se cubren las Indias. Preguntados despues, si tenían Oro, Perlas, ò Especeria, hacian señas, de que havia grande abundancia àcia el Leste, en vna Tierra llamada Bochio, que es agora la Isla Española, que ellos llamaban Baveche, que aun no se sabe de cierto por qual entendiesen.

CAPITULO XXVIII. Como el Almirante dejó de seguir la Costa Occidental de Cuba, y se bolvió à Occidente, àcia la Isla Española.

Entendida por el Almirante la Relación referida, no queriendo detenerse mas, en el exprefado Rio de los Mares, mandò que tomasen algun Indio de la Isla, con animo de llevar de todas partes, alguno de ellos à Castilla, que diese cuenta de las cosas de su Tierra: i así cogieron doce personas, entre Muger, Muchachos, i Hombres, con tanta quietud, i tan sin ruido, que quando estaban para hacerse à la Vela, fue à la Nave, en vna Canoas, vn Indio, Marido de vna de las Muger, que iban en ella, i Padre de dos machachos, rogando à los Christianos, por señas, se llevasen tambien à Castilla, no dejandole separado de su Muger, i hijos, de lo qual fue muy alegre el Almirante, i mandò, que le tratasen muy bien, i los acariciasen.

De repente el mismo dia, que fue 13. de Noviembre, diò la buelta à Oriente, para ir à la Isla que llamaban Bochio, ò Baveche; pero por el Viento de Norte, que era muy fresco, se viò precisado a surgir en Tierra de Cuba, entre algunas Islas altissimas, que estaban cerca de vn Puerto, que llamó del *Principio*, i al Mar

puso el nombre del *Mar de Nuestra Señora*; estaban tan espesas las Islas, que no havia vn quarto de legua vna à otra, i la maior parte distaba vn tiro de Arcabuz: los Canales que formaban, eran tan profundos, i adornados de arboles, i iervas, tan frescas, que daba gran deleite andar por ellos, i entre otros muchos Arboles diversos de los nuestros, se via allí mucha Almastiga, Palmas con el pie verde, i Lisa, i otras Plantas de varias fuertes: i como sino fueran pobladas estas Islas, se veian tambien muchas señales de lumbres, hechas por los Pescadores: pues como despues se viò por experiencia, la Gente de esta Isla de Cuba, anda en quadrillas de Canoas, por estas Isletas, i otras innumerables, que están por allí despobladas, i se alimentan del Pescado que cogen, i de las Aves, i Cangrejos, i otras cosas, que hallan en Tierra: aunque es verdad, que los Indios generalmente comen muchas inmundicias, como son Arañas gruesas, i grandes, Gusanos blancos, que se engendran en los Arboles podridos, i en otros lugares corruptos, i muchos Peces, casi crudos, à los quales antes de tostarlos, luego que los Pescan, los sacan los ojos para comerlos, i de estas cosas, comen otras muchas, las quales no solo causan hastio; pero bastarán à matar à qualquiera de nosotros, que las comiese.

A estas Caças, i Pescas van los Indios, segun los tiempos, ya en vna Isla, ya en otra, como quien muda pasto, fastidiado de el primero; pero bolviendo Yo à las referidas Islas del Mar de Nuestra Señora, digo: Que en vna de ellas, mataron los Christianos vn Animal, que parecia Tejon, i en el Mar hallaban muchas Conchas de Nacar, i con las Redes, entre otros Peces, sacaron vno que parecia Puerco, con el pellejo durissimo, excepto en la cola que era tierno: Notaron tambien, que en este Mar, i en las Islas crecia, i menguaba el Agua, mas que en los lugares donde hasta entonces havian estado, i por consiguiente las Mareas eran al contrario de las nuestras, i por esto la Luna acia el Sudoeste, à la quarta del Medio Dia, era la baja Mar.

✠ ✠ ✠ ✠

CAPITULO XXIX. Como el Almirante bolvió à seguir el camino àcia Oriente, à la Isla Española, à que vno de los Navios se apartó de su Compañia.

Lunes 19. de Noviembre, partiò el Almirante del Puerto del Principe, en Cuba, i del Mar de Nuestra Señora, para ir àcia Levante à la Isla de Baveche, i à la Española; pero porque no le dejaban navegar los Vientos contrarios, como él deseaba, se vió precisado à bolver à la Isabela, que los Indios llaman Saometro, i al Puerto del Principe, que està casi al Norte Sur, 25. leguas de distancia vno de otro. Por estos Mares hallaba listas de ierva, como havia visto en el Occéano; i conoció que iban siempre à las corrientes, i que no las atrevaban.

Siendo avisado en este Viaje Martin Alonso Pinçon, por algunos Indios, que llevaba en su Caravela, de que en la Isla de Bochio, que como hemos dicho, así llamaban la Española, havia mucho Oro, se alejó codiciosamente del Almirante, à 21. de Octubre, sin fuerza de viento, ni otra causa, antes viento en Popa podia llegarle à él, mas no quiso, procurando adelantar su camino quanto podia, i era su Navio mui velero. Todo el Jueves siguiente fue adelante, habiendo antes navegado vno à vista de otro, i llegada la noche desapareció, conque el Almirante se quedó con dos Navios, i no hallando tiempo a proposito, para atravesar à la Española, le fue conveniente bolverse à Cuba, à otro Puerto, que llamó Santa Catalina, no lejos de el del Principe: en este Puerto vió vn Rio de donde se sacaban Piedras con muestras de Oro, i en la Tierra havia Pinos, tan altos, que podian fabricarse de ellos, Arboles para Navios, i Carracas, ni faltaba madera para tablaçon, i fabricar buenos Bajeles, i quanto se quisiese: havia tambien Encinas, i otros Arboles semejantes à los de Castilla; pero viendo que todos los Indios encaminaban à la Española, siguió à la Costa mas à Sueste, diez, ó doce leguas, por parajes llenos de Puertos mui buenos. i de muchos, i caudalosos Rios.

De la amenidad, i hermosura de esta Region, es tanto lo que dice el

Almirante, que tengo gusto en poner aqui sus palabras, sobre la entrada en vn Rio, que desemboca en vn Puerto, que llamó Puerto Santo, i habla en este modo: Quando Yo fui con las Barcas por la frente, à la Boca del Puerto, àcia Medio Dia, ballé vn Rio, en que podia entrar comodamente vna Galera, i es su entrada de tal modo, que no se conocia sino estando cerca; i su hermosura me movió à fondearlo, i ballé de fondo desde cinco à ocho Braças, i habiendo andado por él en mi Barca algun tiempo, me aconsejaban, que me quedase allí. La amenidad de este Rio, la claridad del Agua, en la qual se via hasta lo Arena del Fondo, i multitud de Palmas de varias formas, las mas altas, i hermosas, que he hallado, i otros infinitos Arboles Grandes, i Verdes, de los Pajarillos, i verde de los Campos, à vn este País, Principes Serenissimos, en tanta maravilla Hermosa, que sobrepasa à los demás en amenidad, i belleza, como el Dia en luz, à la Noche: Por lo qual solia Yo decir à mi Gente muchas veces, que por mucho que me esforçase à dar entrada Relacion de él, à V. V. A. A. no podria mi Lengua decir toda la verdad, ni la Pluma escribiria; i cierto, que Yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura, que no sé como contarle: Porque Yo he escrito de Otras Regiones, de sus Arboles, i frutos, de sus iervas, de sus Puertos, i de todas sus calidades, quanto podia escribir, no lo que devia: Pero de estas, todos afirman ser imposible que baia otra Region mas bella: ora callo, deseando que la vean otros, que quieran escribir de ello, pues conozco, quan poco puede ser considerado por mi el merito del Lugar, i puede ser afirmado en la Lengua, ò Pluma de Otro.

Navegando, pues, el Almirante en sus Barcas, vió entre los Arboles de este Puerto, en Tierra vna Canoa fabricada de vn tronco de Arbol, que era tan grande como vna Fusta de doce Bancos, i en algunas Casas alli cerca hallaron vn Pan de Cera, i vna Cabeça de Muerto, dos Cestillas, colgadas de vn poste; i en otra Casa hallaron despues lo mismo, por lo qual imaginaron los nuestros, que fuese del Fundador de la Casa, porque no havia Gente alguna de quien informarse, pues así como vian los Christianos, huian los Indios, i se pasaban de la otra parte del Puerto. Despues encontraron otra Canoa, hecha como la que va referida, de 95 Palmos, en que cabian 150 Personas.

CAP.

CAPITULO XXX. Como el Almirante atravesó la Española, i de lo que vió en ella.

Habiendo el Almirante navegado 17 Leguas àcia el Levante, por la Costa de Cuba, llegó al Cabo Oriental de ella, que llamó Alfa; i el Miércoles 5. de Diciembre atravesó àcia la Española, que distaba 16 Leguas de la Oera, à el camino del Este, pero por algunas corrientes, que ai allí, no pudo llegar hasta el día siguiente, que entró en el Puerto, que llamó San Nicolás, por ser en su Día. El Puerto es mui grande, i mui bueno, i mui profundo, ceñido de muchos, i grandes Arboles; pero la Tierra tiene muchas Rocas, i los Arboles menores, que parecian à los de Castilla; entre los quales havia Encinillas, Mirtos, i otros Arbolillos, i corria por vna Blanura, la buelta del Puerto, vn R. mui agradable; i en el Puerto havia algunas Canoas, como Fustas de quince bancos; pero porque el Almirante no podia tratar con aquella Gente, siguió la Costa àcia el Norte, hasta que llegó à vn Puerto, que llamó la Concepcion, que està à el Medio Dia de vna Isleta, que se llamó despues la Tortuga, i es del tamaño, de la gran Canaria.

Viendo que esta Isla Bochio era mui grande, i la Tierra, i Arboles semejantes à los de España, i que habiendo echado las Redes desde los Navios, sacaron muchos Salmones, i otros Pescados, semejantes à los de España, determinó conformarla en el nombre, i el Domingo 9. de Diciembre, la llamó Española; i porque tenian todos mucho deseo de informarse de la calidad de la Isla, en tanto que la Gente estaba pescando en la Plaia, se entraron tres Christianos por el Monte, i dieron en vna quadrilla de Indios desnudos, como los antecedentes, los quales viendo, que los Christianos se acercaban à ellos, hecharon à huir, por el Bosque espantados, con tanta ligereza, como à los que no les espavoraban vestidos, ni faldas: Los Christianos, para tomar lengua, corrieron tras ellos, i solo pudieron coger vna Muchacha, que llevaba colgando de la nariz vna Ojuela

de Oro, la qual traída à los Navios, fue regalada por el Almirante, con muchas cofillas, i calcaveles, i sin hacerla disgusto alguno, la embió à el punto, à Tierra con tres Indios, de los que él traía de las otras Islas, i tres Christianos, que la acompañasen hasta su Pueblo.

El día siguiente embió nueve hombres à Tierra, bien Armados, i habiendo caminado quatro leguas, dieron con vn Pueblo de mil casas, esparcidas por vn Valle, cuyos Indios, así como vieron à los Christianos, abandonaron la Poblacion, i se fueron à los Bosques; pero el Indio, guia, de San Salvador, que llevaban los nuestros, fue tras ellos, i tanto los llamó, i dijo de los Christianos, afirmandoles que era Gente venida del Cielo, que los hizo bolver quietos, i seguros: Despues llenos de espanto, i maravillados, ponian la mano sobre la cabeza de los nuestros, como por honrarlos, i traian bastimentos, i los daban quanto encontraban, sin pedirles nada por ello, rogandoles se quedasen aquella noche, en su Pueblo; pero los Christianos no quisieron aceptar el combate, sin bolver primero à los Navios, con la nueva de que la Tierra era mui amena, i abundante de comida, i la Gente mucho mas blanca, i mas bella, de quanta hasta entonces habian visto, en las otras Islas, mui tratable, i de mui buena conversacion, i decian, que la Tierra donde se cogia el Oro estaba mas à el Levante: Entendido de todo el Almirante, aunque los tiempos eran mui contrarios, hizo desplegar las Velas, i el Domingo siguiente 16. de Diciembre, dando buelta los Navios, entre la Española, i la Tortuga, encontró vn Indio solo en vna Canoa pequeña, que temió se le tragase el Mar: tanto era el viento, i las olas, que cogióle en su Nave, llevandole à la Española, i se embió à Tierra, con muchas dadiavas, él refirió à los Indios las caricias, que le habían hecho, i dijo tanto bien de los Christianos, que à el instante vieron muchos à la Nave; pero no traian cosa de valor, excepto algunos granillos de Oro colgando de las orejas, i las Narices, i preguntandoles de donde lo traian, hacian señas, de que mas adelante havia gran abundancia.

El día siguiente llegó vna gran Canoa de la Isla de la Tortuga, cercana à el parage donde estava furto el Almirante, con quarenta hombres, à tiem-

PO

po que el Cacique, ó Señor de aquel Puerto de la Española, estaba en la Plaia, con mucha Gente, trocando vna hoja de Oro, que havia traído; y quando él, i los suyos vieron la Canoa, se sentaron en el suelo, en señal de que no querían pelear, i entonces desembarcaron casi todos los que venian en ella; contra los quales el Cacique de la Española se levantó solo, i con palabras de amenaza los hizo tornar á su Canoa: i despues los tiraba Agua, i tomando algunas piedras de la Plaia, las tiraba á el Mar contra la Canoa, i despues que todos, como á el parecer obedientes se bolvieron á la Canoa, tomó vna piedra, i se la dió en la mano á vn Ministro del Almirante, para que se la tirase á aquellos de la Canoa, dando á entender, que tomaba á el Almirante en su favor contra los Indios; pero el Ministro no la tiró, porque á el instante se fueron, los de la Canoa. Despues de esto, hablando el Cacique, sobre las cosas de aquella Isla, que el Almirante havia llamado *Tortuga*, afirmaba que havia mucho mas Oro, en la Española, i que en Babeche era maior la abundancia de él, que en otra parte, i que podia distar del lugar donde estaban, catorce jornadas.

CAPITULO XXXI. Como el Principal Rei de aquella Isla vino á los Navios, i de la grandeza con que venia.

Despues, Martes 18. de Diciembre, el Rei, que havia venido el dia antes, donde estaba la Canoa, de la *Tortuga*, que vivia cinco leguas distante del Lugar, adonde estaban los Navios, á la vna del dia se fué á su Pueblo, que estaba cerca del Mar, donde se hallaban algunos, que el Almirante havia embiado á ver, i traian alguna muestra maior de Oro; estos, viendo que el Rei venia, fueron al Almirante á decirle, que llevaba consigo mas de 200 hombres, i que no iba á pie, sino es en vnas, como andas, que traian quatro hombres con gran veneracion, aunque era mui moço; llegado este Rei á poca distancia de la Nave, despues de haver reposado vn poco, se llegó á ella con toda su Gente, acerca de lo qual escribe el Almirante así: *Mucho havia alegrado á Vuestras Altezas*

*sin duda, ver su gravedad, i el respeto, que le tenian los suyos, aunque todos iban desnudos: el qual luego que entendió en el Navio, i supo que Yo estaba en el Castillo de Popa comiendo, cogiendome de improviso, vino á sentarse junto á mi, sin darme lugar de que saliese á recibirle, ni á levantarme de la Mesa; quando entró debajo del Castillo, hizo señas de que todos se quedasen fuera, así lo hicieron, con grandissima reverencia, sentandose sobre la Cubierta, excepto dos Viejos, que creí eran sus Consejeros, los quales se sentaron á sus pies, decíase, que este era el Cacique, i creyendo Yo que comeria, mandé sacasen algunos platos de lo que comia Yo, i de todo probaron, embiando á los suyos lo demás, que comieron de todo, lo mismo sucedió en el beber, que solo lo llegaron á la boca, i despues se lo dieron á los otros. Estaban todos con notable gravedad, hablaban poco, i á lo que Yo podia comprender, las palabras que decian eran mui graves, i reposadas: Los dos Viejos miraban al Cacique á la boca, i hablaban con él, i por él; despues de comida vn Principal Indio le trujo vna Cinta, semejante en la hechura á las de Castilla, aunque de labor diferente, con mucha reverencia, la qual tomó en la mano, i me la dió con dos piezas de Oro, labrado mui sutilmente. Yo pienso, que de este Oro se halla aqui poco, aunque el porage crea que está cercano á la Tierra donde nace, i así mucho: i creyendo Yo, que le agradase vna Colcha, que estaba sobre mi Cama, se la dió, juntamente con vna hermosa Corona de Ambar, que Yo traté á el cuello, vn par de Zapatos encarnados, i vn Vaso de Agua de Acaar, con lo qual quedó maravillosamente contento; mostraron gran sentimiento él, i sus Consejeros, porque no me entendian, ni los entendia Yo; aunque bien comprendí, que me decia, que si necesitaba alguna cosa, tenia toda la Isla á mi disposicion; entonces Yo embié por mi Cartera, donde tenia vna Medalla de Oro, en que estaban esculpidas las Imagenes de Vuestras Altezas, la qual le enseñé, diciendo otra vez, que señoreaban la mejor parte del Mundo, i que eran grandissimos Principes, i les mostré las *Panderas Reales*, i las otras de la Cruz, que estimaron mucho, por lo qual buelto á sus Consejeros decia, que sin duda eran *Puestras Altezas grandes Principes*, pues de parte tan lejana, como es el Cielo, me havian embiado sin temor, hasta su Tierra; y otras muchas cosas pasaron entre nosotros, que Yo*

To no entendí; aunque conocí, que de todo se admiraba; pero siendo ya tarde, i queriendo irse, le hice entrar en la Barca, honrandole mucho, i disparar algunos Tiros, i puesto en Tierra, se fué en sus Andas con mas de 200 Hombres, i vn Hijo suyo, que llevaba acuestas vn Indio mui Principal; mandó dar de comer á todos los Marineros, i otra Gente de los Navios, que havia en Tierra, i ordenó, que fuesen mui bien tratados; despues dijo vn Marinero, que le havia encontrado en el camino, que llevaba delante de él, todas las cosas, que Yo le havia dado, vn Indio mui principal, i que su hijo no iba con él, sino detrás, con otra tanta Gente, como él llevaba, i casi con otra tanta, vn hermano suyo, que iba á pie llevando dos Indios Principales de los brazos, al qual tambien havia Yo dado algunas cosas, quando vino al Navio, despues de su hermano.

CAPITULO XXXII. De como el Almirante perdió su Navio, en algunos Bagios, por negligencia de los Marineros, i de lo que le aiudó el Rei de aquella Isla.

Significando, pues, el Almirante lo que pasó, dice: *Que buvo mucha calma el Lunes 24. de Diciembre, excepto vn poco de viento, que le llevó al Mar de Santo Tomás, hasta la Punta Santa, sobre la qual estubo mas de vn quarto, que seria vna media hora antes de media noche, i se fué á descansar por no haver dormido en dos Dias, i vna Noche: pero como havia calma; el Marinero, que llevaba el Timon, se le encomendó á vn Grumete, lo qual, dice el Almirante, havia Yo prohibido en todo el Viage, mandandoles, que con viento, ó sin él, no dejasen jamás el Timon á los Grumetes, ni otros Muchachos del Navio, con lo qual iba seguro de Bagios, i de Escollas; porque el Domingo, que embid las Barcas á aquel Rei, havian pasado del Leste, de la Punta Santa, tres leguas i media, poco mas, ó menos, i havian visto toda la Costa, i los bajos, que están, desde la dicha Punta, al Leste Oeste, tres leguas, i havian reconocido por donde se podia pasar, lo qual Yo no havia hecho en todo el Viage, i fué Nuestro Señor servido, de que á media noche, estando Yo acostado en la cama, i el Mar en calma oscura, i tan quieto, como vna taza de*

Agua, se fueron todos á descansar, dejando á vn muchacho al Timon, por lo qual sucedió, que las Corrientes mui tranquilamente dieron con la Nave en vn Bagio de Arena, con tanto ruido, que pudiera oirse á vna legua de distancia: El Muchacho, que sintió arar el Timon, i oió el rumor, empezó á gritar mui recio, i oyendolo Yo me levanté al punto, porque ninguno havia sentido, que la Nave huviese encallado: Salí luego el Patron de ella, á quien tocaba la Guardia, á quien dije, i á los demás Marineros, que entrasen en el Batel, que iba fuera de el Navio, bechando vna Ancora por la Popa; al instante se becharon al Batel, i creyendo Yo, que iban á hacer lo que les mandaba, bogaron, buendado, ácia la otra Caravela, que estaba media legua distante: Viendo Yo, que buían, con el Batel, i que las Aguas empujaban á disminuirsese, i que la Nave estaba en peligro, mandó cortar luego el Arbol, y aligerarla lo mas, que se pudo, para ver si podian salvarla de la Arena; pero disminuiendose todavia el Agua, no pudo moverse, por haver entrado mucha Agua por las juntas, que havian llenado toda la Quilla; á este tiempo llegó la Barca de la Caravela á darnos socorro; porque viendo la Gente de ella, que buía el Batel, no quisieron acogerle, i así se vió precisado á boverse al Navio.

Reconociendo, que no havia remedio para poderla librar, fué á la Caravela, para salvar la Gente, i porque soplaban Viento de Tierra, i era ya pasada gran parte de la noche, no sabiamos por donde podria salir de aquellos Bagios, contemporeé con la Caravela, hasta que fue de dia, i por el mismo Banco llegué á ella, haviendo primero embiado el Batel á Tierra, con Diego de Arana, de Cordova, Capitan, i Justicias Maior de la Armada, i Pedro Guierrez, para que contasen al Rei lo que me sucedia; por querer irle á visitar á su Puerto, como el Sabado antecedente me lo havia pedido, i que havia perdido el Navio en vn Bagio, á legua i media de su Pueblo.

Entrado el Rei del suceso, manifestó gran sentimiento, i lagrimas de nuestro daño, i al instante embió al Navio toda la Gente de su Pueblo, en muchas, i grandes Canoas, con lo qual ellos, i nosotros en poco tiempo descargamos toda la cubierta, porque fue grande la ayuda, que nos dió el Rei; pues el mismo con sus Hermanos, i Parientes, hacia quantas diligencias podia, así en Mar, como en Tierra, para que todo fuese bien gobernado, i de quando en quando embiaba á sus

Parientes llorando, à regarme, que no tomase pesadumbre, que el me daría todo quanto tenía: i asímo por cierto à vuestras Altezas, que en ninguna parte de Castilla, havia tan buena disposicion, i gobierno de vuestras cosas, porque toda nuestra hacienda la hizo poner junta, cerca de su Palacio, hasta que se desocuparon las Casas, que quería prevenir para salvarla: Puso luego guarda de Hombres armados, à los cuales hizo estar toda la noche en vela, i con los de la Tierra lloraban, como si les importase mucho nuestro daño: Tan amorosa, tratable, i pacífica era la Gente, que juro à vuestras Altezas, que en el Mundo no la ai mejor, ni mejor Tierra: Aman su proximo, como à sí mismos, i tienen el habla mas dulce, i mansueta del Mundo, alegre, i siempre acompañada de risa: i aunque es verdad, que andan desnudos, crean vuestras Altezas, que tienen costumbres muy loables, i que el Rei es servido con gran Magestad, el qual es tan decente, que causa mucho gusto verle, i igualmente consideran la Memoria de este Pueblo, i el deseo de saberlo todo, que les precisa preguntar la causa de las cosas, i el afecto de ellas.

CAPITULO XXXIII. Como el Almirante resolvió poblar en la Tierra de aquel Rei, i llamó al Pueblo de Navidad.

EL Miercoles 26. de Diciembre, fué à la Caravela del Almirante el Rei Principal de aquella Tierra, mostrando gran tristeza, i sentimiento, i le consolaba, ofreciendole liberalmente todo lo que quisiese recibir, diciendole, que ya havia dado tres Casas à los Christianos, para que guardasen todo lo que havian sacado del Navio, i que les daría mas, si fuese necesario; en tanto llegaron vnos Indios de otra Isla, en vna Canoa, que traian algunas hojas de Oro, para trocar por Cascabeles, que los estiman mas, que otra cosa; llegaron tambien los Marineros, diciendo, que concurrían muchos Indios al Pueblo, de otros Lugares, i traian muchas cosas de Oro, i las daban por rescates, ofreciendo mucho mas, si lo quisiesen los Christianos; vista por el Gran Cacique la alegría del Almirante, i le dijo, que le huviera hecho traer gran cantidad, de Cibao, Lugar donde se hallaba mucho

Oro, i así, llegado à Tierra combidió al Almirante à comer Axis, i Cacaviche, que es su principal comida, i le dió vnas Mascaras, con los ojos, i orejas grandes de Oro, i otras cosas muy lindas, que se traen al cuello: Despues se quejó de los Caribes, los quales hacían à los suyos, Esclavos, i se los llevaban para comerse los; pero se animò mucho, quando consolándole el Almirante, le mostrò vuestras Armas, diciendo, que con ellas le defendería: Espantose mucho de nuestra Artillería, i era tanto el asombro de los Indios, que al oír el Tiro, caian en Tierra, como muertos; por lo qual el Almirante, habiendo encontrado tanto amor en aquella Gente, i tan buenas muestras de Oro, temió el dolor de la perdida del Navio, pareciendole, que era permision Divina, para que poblar en aquella Tierra, i dejar allí Christianos, que traficasen, i se informasen de ella, i de la Gente, aprendiendo su Lengua, con la práctica de los Indios; con que quando bolviere de Castilla, con socorro, tendría quien cuidase de quanto necesitase para la Poblacion, i Señorío de la Tierra. Inclinose mas à esto; porque muchos de los suyos se ofrecían à quedar voluntariamente, i vivir en aquella Tierra, i así determinò fabricar vna Torre, con la Madera del Navio, de la qual no dejó porcion alguna, que no fuese à Tierra, i que no le fuese vil: ayudò mucho à esta resolucion, haver llegado noticia, el día siguiente, Jueves 27. de Diciembre, de que la Caravela Pintada estaba en el Río, àcia el Cabo de Levante de la Isla, i para saberlo de cierto embió el Cacique, que se llamaba Guacanagari, vna Canoa, con algunos Indios, i vn Christiano, que habiendo navegado 20 leguas por la Costa abajo, se bolvió sin tener noticia de ella, lo qual hizo, que no se creyese à vn Indio, que decia haverla visto algunos días antes.

No obstante esto, el Almirante no cesò en dar ordenes, para dejar Christianos en aquel Lugar, cuya bondad, i riqueza conocian cada día mas, trayendo los Indios muchas Mascaras, i cosas de Oro, i dando cuenta de muchas Provincias de aquella Isla, donde nacía.

Estando ya para partir el Almirante, volvió à hablar con el Rei, sobre los Caribes, de los quales se lamentaban aquellos Indios, i tenían gran

asombro, diciendole, que para que quedase contento, queria dejarle compañía de Christianos, i para que tuviesen temor de vuestras Armas, hizo disparar vn tiro, que pasó la Nave de parte à parte, de que se asombrò el Cacique: hizole enseñar vuestras Armas, i como se cortaban, i se defendían de ellas, para asegurandole, que quedando aquellas Armas en su defensa, cesaría el temor de los Caribes; porque los darían muerte los Christianos, que quedaban en su guarda, en tanto que iba à Castilla, à traer Joias, i otras cosas, que daréle: Encomendole mucho à Diego de Arana, hijo de Diego de Arana, de Cordova, de quien va hecha mencion, porque à este, à Pedro Gutierrez, i à Rodrigo de Escobar, dejaba por Gobernadores de la Fortaleça, i de 36 Hombres, con muchas Mercaderías, i vituallas, Armas, i Artillería, i con la Barca de la Nave, Carpinteros, i Calafates, i todo lo demás, que era necesario para poblar, como Medico, Tallador, Bombardero, i otras personas: Despues de esto, se dispuso con gran presteça, para volver derecho à Castilla, sin descubrir mas, dudando si le sucedería alguna desgracia (no teniendo ya mas de vn Navio) que ocasionase, que los Reies Catholicos, no supiesen de aquellos Reinos, que nuevamente los havia conquistado.

CAPITULO XXXIV. Como el Almirante partió à Castilla, i encontró la Caravela de Pinçon.

Viernes à 4. de Enero, al salir el Sol, se hiço el Almirante à la Vela, con las Barcas à Proa: àcia el Noroeste, para salir de los Bagios, dejó en aquella parte el Puerto de los Chistianos, que llamó la Navidad, en memoria de que en este día havia salido à Tierra, salvandole del peligro del Mar, i havia empegado la Fortaleça: Duran estos Bagios, desde el Cabo Santo, hasta el Cabo de la Sierpe, que son seis leguas, i están à tres, en el Mar. Toda la Costa àcia Noroeste, i Sueste, es Plaia, i Tierra llana, por quatro leguas de Tierra, i despues à altas Montañas, i muchas, i grandes Poblaciones, respeto de las otras Islas.

Navegó despues àcia vn alto Monte, que llamó Monte-Christo, i está 18 leguas à Leste, de Cabo Santo; de

modo, que qualquiera que quisiere ir à la Ciudad de la Navidad, despues que descubra à Monte-Christo, que es redondo como vn Pavellon, i parece Escollo, debe entrar en el Mar dos leguas distante de él, i navegar à el Oeste, hasta hallar el Cabo Santo, i estará entonces cinco leguas de la Navidad, i entrará por ciertos Canales, los quales están en aquellos bajos, i delante. Pareció à el Almirante muy conveniente hacer mencion de estas señales, para que se supiese donde fue la primera habitacion, i Tierra de Christianos, que huvo en aquel Mundo Occidental.

Despues que con tiempos contrarios navegò mas à Levante, de Monte-Christo, viò vn Calafate, el Domingo por la mañana 6. de Enero, desde la Gavia del Arbol; la Caravela Pintada, que con viento en Popa venia navegando àcia Oeste; i al instante, que llegó adonde estaba el Almirante, Martin Alonso Pinçon, su Capitan, entrò en la Caravela del Almirante, i le puso à fingir ciertos motivos, i à disculparse de haverse apartado de él, diciendo, de que esto havia sido contra su voluntad, sin haver podido hacer otra cosa. El Almirante aunque sabía bastante de lo contrario, i la mala intencion de este Hombre, acordandose de la mucha licencia, que se havia tomado en otras cosas, en el Viaje, disimuló con él, i tolerò sus mentiras, por no romper el disegno de su empresa, lo que facilmente huviera sucedido, porque la maior parte de la Gente, que venia con él, era de la misma Patria de Pinçon, i aun Parientes suyos; i lo cierto es, que quando se apartò de el Almirante, en Cuba, fué con proposito de ir à la Isla de Baveche, porque los Indios de su Caravela le decían, que havia en ella mucho Oro; pero quando llegó, i viò lo contrario de lo que le havian dicho, volvió à la Española, donde los Indios le afirmaban haver mucho Oro,

Havian pasado ya, en este Viage veinte días, i solo se havían navegado quinze leguas, al Leste de la Navidad, hasta vn Río, que llamó el Almirante Rio de Gracia: aqui havia estado Martin Alonso diez i seis días, rescatando Oro bastante, del mismo modo que havia hecho el Almirante en la Navidad, de que daba la mitad à la Gente de su Caravela, para asegurarla, i tenerla quieta, i contenta, quedando